

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

Ser uno y el otro: cuerpos que «gozan».

Chilotti, Jessica.

Cita:

Chilotti, Jessica (2017). *Ser uno y el otro: cuerpos que «gozan»*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/841>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/ndg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SER UNO Y EL OTRO: CUERPOS QUE «GOZAN»

Chilotti, Jessica

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de San Luis. Argentina

RESUMEN

Este trabajo fue realizado como parte del Proyecto de Investigación PROICO 22/H807 de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de San Luis. En él, se delinean conceptos de duro alcance en la teoría psicoanalítica: goce, cuerpo, narcisismo, síntoma y toxicomanías. El goce es la relación del ser parlante con su cuerpo, es la consecuencia del encuentro entre el significante y un cuerpo. Pero, el psicoanálisis, ¿a qué llama cuerpo? Plantear que el cuerpo es una construcción, viene a dar cuenta de que no se nace con un cuerpo, es decir que el mismo, no está dado a priori, sino que se construye, que es el resultado de una operación. Constitución que está íntimamente relacionada con el narcisismo. Es importante hacer alusión de que hay afecciones del narcisismo. Allí, y entre tantas otras, podemos situar a las llamadas toxicomanías, con su particular modo de operatoria. Una vía que conduce al abordaje de la singularidad de cada sujeto, es la noción de síntoma. Síntoma como la singularidad de goce de cada sujeto. El toxicómano resulta prisionero de una paradoja mortífera, la imposibilidad de satisfacción y el duelo imposible por la pérdida del objeto.

Palabras clave

Goce, Cuerpo, Toxicomanías, Síntoma

ABSTRACT

BE ONE AND THE OTHER: BODIES THAT «JOUIR»

This work has been realized as part of the Project of Investigation PROICO 22/H807 of the Secretariat of Science and Technology, San Luis' National University. In it, concepts of hard reach are delineated in psychoanalytic theory: «jouissance», body, narcissism, symptom and drug addiction. «Jouissance» is the relationship of the speaker being with his body, is the result of the encounter between the signifier and a body. But, psychoanalysis, what called body? Consider that the body is a construction, it comes to realize that it is not born with a body. Is to say that it is not given before, but it is built, which is the result of an operation. Constitution, which is intimately related to narcissism. It is important to mention that there are affections of narcissism. There, and among many others, can move to the so-called addiction, with its particular mode of operation. A road that leads to the approach of the uniqueness of the each subject is the notion of symptom. Symptom as the uniqueness of «jouir» of each subject. The drug addict is a prisoner of a deadly paradox, the impossibility of satisfaction and impossible mourning the loss of the object.

Key words

«Jouissance», Body, Drug- Addiction, Symptom

En el presente trabajo se esbozan conceptos complejos para la teoría psicoanalítica. El recorrido comienza con una aproximación al concepto de *goce*, desde la perspectiva nos supieron enseñar Freud y Lacan; y es desde allí también, desde donde se analiza el concepto de *cuerpo en psicoanálisis*, el cual asume diversas aristas para su conceptualización. Siguiendo la senda se intenta responder al interrogante de cómo éstos se anudan en el abordaje de la problemática del *narcisismo*, cuestión fundamental dentro de la teoría. Es así que este artículo, si se quiere introductorio, pretende lograr un acercamiento a la importancia de aquellos conceptos y cómo éstos se intrincan en la noción de las *toxicomanías*. Pensando en éstas como uno de los diversos modos en los que podemos encontrar que el narcisismo, como organización, sufre una serie de trastornos, presentándose síntomas -¿o modos no sintomales?- que «hablan» de un modalidad singular de goce, aquella que habita en cada sujeto.

No hay una sola manera de *ligar* el «goce» con el «significante». Hay múltiples maneras.

La *noción* de goce es lacaniana. La *idea* de goce es freudiana. Lacan llama goce a una idea freudiana que, finalmente, va a estar ligada a la noción de pulsión de muerte.

La traducción de goce, se reserva para el francés «*jouissance*», donde tiene una connotación sexual que carece en el idioma inglés, cuando se la traduce como «enjoyment».

Freud descubre que en lo que respecta al *goce*, el ser humano no aprende. Y que no haya aprendizaje posible en lo que hace a esta cuestión, viene a denunciar que hay un punto de imposible. No solo eso, sino que esto se repite. Hay algo que empuja a repetir una y otra vez, aquello que hace mal. Repetición e insistencia de lo mismo.

Primer punto entonces: el goce tiene una *temporalidad*, y la temporalidad del goce es *la repetición*.

El autor demuestra así, que se puede encontrar satisfacción en algo que nada tiene que ver con el bien del sujeto y esto cambia por completo el pensamiento occidental hedonista: creer que *la satisfacción y el bien* van de la mano.

Lacan va a decirlo en el Seminario 20 (1972): el goce es una tendencia hacia lo que no sirve para nada. No tiene ninguna *utilidad*.

El goce es una consecuencia de ser seres parlantes. Es porque somos seres parlantes que gozamos. Pero a la vez, *se goza poco*, y esto no tiene que ver con una apreciación cuantitativa, sino que se goza menos en relación a aquel supuesto de la existencia de un *goce total*.

Así como el goce tiene una temporalidad, también se puede iden-

tificar una *espacialidad*, la cual para Lacan es muy específica: *el cuerpo*. El goce es la relación del ser parlante con su cuerpo, el goce es la consecuencia del *encuentro* entre el significante y un cuerpo. Entonces, inseparable del cuerpo propio, el goce es definido en *La Ética del Psicoanálisis* (1988), como la satisfacción de una pulsión. «*La tríada que centraba la enseñanza de Lacan hasta entonces, necesidad, demanda y deseo, sufre una modificación, transformándose en goce, demanda y deseo*» (Rabinovich, 1986, p.49).

Lo real de la necesidad es sustituido por un real producto del significante, pero que una vez producido, se le escapa, se le vuelve incontrolable. Es así que es una producción, y como toda producción entraña *pérdidas y ganancias*.

A partir de aquí, se puede decir que lo que define al ser humano no es solamente que es un ser que habla, sino que, además, es un ser que goza. Y hay, con el goce, una relación temporal y espacial.

Encuentro entre el significante y un cuerpo. Pero, el psicoanálisis, ¿a qué llama *cuerpo*? Dar respuesta a este interrogante deja de lado aquello que estaría dentro del reino de los animales, y se correspondería con el estatuto de la necesidad. Se dijo, anteriormente, que hay un encuentro y esto deja atrás lo que sería *la carne*. Se parte de la idea de que esta alianza deja algo perdido, perdido para siempre, y es lo que Lacan llamó muchas veces *el ser viviente*. Lo que queda como resto, de aquella operación es un *organismo pulsional*, efecto del significante. Imperiosamente la *pulsión* pasa a un primer plano, y con ella el *Es* freudiano. Pero *Ello* no será tema de análisis en esta oportunidad.

Si se piensa en las pulsiones, éstas difieren de las necesidades biológicas en tanto y en cuanto nunca pueden ser satisfechas y no apuntan a un objeto, sino que más bien giran perpetuamente en torno a él. De modo que el objetivo real de la pulsión no es una meta mítica de satisfacción completa, sino volver a su senda circular.

Freud decía que la sexualidad está conformada por algunas pulsiones parciales (*partieltrieb*). Al comienzo, éstas funcionan de modo anárquico y con independencia, pero en la pubertad se organizan y actúan bajo la primacía de los órganos genitales (Freud, 1905).

Lacan subraya la naturaleza parcial de todas las pulsiones, pero difiere con Freud en dos puntos. Por un lado, rechaza la idea de que las pulsiones parciales puedan alcanzar alguna organización, y sostiene que la zona genital, si es que se la logra, es siempre sumamente precaria. Por otro lado, expresa que las pulsiones son parciales, no en el sentido de que sean partes de un todo (de una pulsión genital), sino porque sólo representan parcialmente la tendencia sexual (*sexualstrebung*). «*El sujeto sólo sitúa, en su psiquismo, sus equivalentes –actividad y pasividad. Y éstos nunca la representan exhaustivamente*» (Lacan, 2013, p. 212). Para él, las pulsiones son *parciales, activas y de muerte*, puesto que toda pulsión es excesiva, persigue su propia extinción; toda pulsión envuelve al sujeto en la repetición; y toda pulsión es un intento de ir más allá del principio de placer, hasta el reino del goce excesivo, en el que es experimentado como sufrimiento.

Hay, asimismo, otra noción de cuerpo, y es la del *cuerpo imaginario*.

Ésta se centra en las primeras enseñanzas de Lacan que consistieron en un desarrollo de la cuestión del *narcisismo* y del cuerpo, en el cual éste aparece ante todo, como una *imagen*, más aún, como una construcción a partir de la imagen especular.

Plantear que el cuerpo es una *construcción*, viene a dar cuenta de que no se nace con un cuerpo, es decir que el mismo, no está dado *a priori*, sino que se construye, que es el resultado de una operación.

Esta idea bien se desarrolla en el texto «*El estadio del espejo como formador del Yo (Je), tal como se nos revela en la experiencia analítica*» (1949). El proceso de subjetividad se inicia por una quebradura que tiene lugar en el interior de un proceso de *alienación imaginaria*, que expulsa al ser de sí mismo, resultando cautivo de su propia imagen en el espejo. Al esbozarse de este modo el Yo (*moi*), el infans queda sometido a los caracteres de exterioridad y de simetría invertida de la imagen. Es así, que mediante este proceso, el cuerpo se aprehende desde una exterioridad y bajo una forma invertida.

Una alienación simbólica complementa este proceso, y determina que el Yo (*moi*) quede cautivo de los significantes que los representan.

Mientras que en un primer acercamiento Lacan parece verlo como un momento de la vida que puede ubicarse específicamente con un principio, a los seis meses, y un fin, a los dieciocho meses, a medida que va desarrollando el concepto va dejando de lado el valor histórico y pone el énfasis en el valor estructural que éste tiene. Lo ve como representativo de una estructura permanente de la subjetividad; paradigma del *orden imaginario*.

El estadio del espejo describe la formación del Yo a través del proceso de la *identificación*. La clave de este fenómeno está en el carácter prematuro de la cría humana (a los seis meses el bebé carece todavía de coordinación), no obstante su sistema visual está bastante avanzado, lo que significa que puede reconocerse en el espejo, antes de haber alcanzado el control de los movimientos de su cuerpo. La criatura ve su propia imagen como una *gestalt*, como un todo, y la síntesis de esta imagen, genera una sensación de contraste con la falta de coordinación del cuerpo.

Este contraste es sentido por el infante, primero como una *rivalidad* con su propia imagen, porque ésta amenaza al sujeto con la fragmentación; es así que el estadio del espejo suscita una *tensión agresiva* entre el infans y la imagen. Para resolver la agresividad, se identifica con la imagen y esta identificación con lo semejante es lo que forma al Yo.

El momento de la identificación, en el que el sujeto asume la imagen como propia, es descrito por Lacan como un momento de *júbilo*, ya que conduce a una sensación imaginaria de dominio. Esta identificación también involucra al *Yo Ideal*, que funciona como una promesa de totalidad futura y sostiene al Yo en la anticipación.

El estadio del espejo así presentado, demuestra que el Yo es producto del *desconocimiento* e indica el sitio en donde el sujeto se aliena a sí mismo.

Como se mencionó anteriormente también, en este proceso, la dimensión simbólica tiene una injerencia importante. El orden simbólico está presente en la figura del adulto que lleva o sostiene al infante. Inmediatamente después de haber asumido la imagen como

propia, el niño vuelve la cabeza hacia éste, quien representa al gran Otro, y es quien legitima esa imagen: «ese del espejo sos vos».

El estadio del espejo está también íntimamente relacionado con el *narcisismo*. Y es así como se introduce este término para tratar su relevancia en el asunto.

El término aparece por primera vez en la obra de Freud en el año 1910, pero sólo en el artículo «*Introducción del narcisismo*» (1914) es que comienza a desempeñar un papel central en la teoría psicoanalítica. Comienza refiriéndose al narcisismo como descripción clínica de los casos en que el individuo toma como objeto sexual al propio cuerpo, considerándolo una *perversión* que ha atesorado toda la vida sexual del individuo. Asimismo, la dificultad del análisis de neuróticos, con rasgos narcisistas, lo conduce a pensar que se dan localizaciones narcisistas de la libido en toda evolución sexual normal. De este modo, el narcisismo se presenta ya no sólo como perversión, sino como complemento libidinoso de la pulsión de autoconservación.

La idea del narcisismo *como fase evolutiva* surge en el intento de dar explicación a la esquizofrenia, aplicando la teoría de la libido. Así es como compara los parafrenicos con los neuróticos y observa que ambos pierden su vínculo con la realidad. Pero mientras que en los histéricos y neuróticos obsesivos se conserva el vínculo erótico con los objetos en la fantasía –sustitución–, los parafrenicos parecen haber retirado su libido del mundo exterior sin llevar a cabo sustitución alguna. El destino de esta libido sustraída lo consume el Yo, surgiendo de este modo un *estado narcisista*.

Además de las parafrenias, que constituyen un excelente acceso para el estudio del narcisismo, otros caminos propuestos por Freud en esta Obra, lo constituyen el estudio de la *enfermedad orgánica*, de la *hipocondría* y de la *vida erótica de los sexos*. En el primer caso, el enfermo retrae, a su Yo, sus cargas libidinales a fin de destinarlas a su curación. El hipocondríaco retrae su interés y su libido de los objetos del mundo exterior y concentra ambos sobre el órgano que lo preocupa. El niño toma sus objetos sexuales de sus experiencias de satisfacción, provenientes de los cuidados de sus primeros objetos sexuales, que son aquellas personas que le proveen de cuidado. Esta primera fuente de elección de objeto que Freud llama «*de apuntalamiento*» -o tipo anaclítico-, se diferencia de la que realizan los perversos y homosexuales, quienes eligen sobre un *modelo narcisista*.

Luego, Freud se interroga por el destino de la libido yoica en el adulto normal. A esto lo explica por la *represión* que parte del Yo, de la propia estimación del Yo. Se entiende ese destino de la libido apuntando a la construcción en el interior de sí un *ideal*, por el cual mide su Yo actual. Y sobre este Yo Ideal recae ahora el amor de sí mismo, aquél del que, en la infancia, gozó el Yo real. Sustituye el narcisismo por su Ideal, configurándose así una ubicación tópica permanente para el narcisismo.

Lacan enfatiza más, en su retorno, y asegura que el Ideal del Yo es la condición de la represión.

El postulado teórico es que si esa libido puede ir a parar al Yo, es porque en algún momento éste se constituyó libidinalmente, por-

que hay una especie de reservorio o energía a la cual se puede regresar, para obtener una satisfacción que ya no se obtiene de la realidad.

Es imposible desligar la constitución del Yo del investimento libidinal, es decir, de la sexualidad. El supuesto necesario se repite casi de memoria: *no existe desde el comienzo, una unidad comparable al Yo, el Yo tiene que ser desarrollado*. Debe haber una nueva acción psíquica para que eso se produzca. «*Para que haya una constitución del Yo, y para pensar la idea de un narcisismo primario, que no es sino un supuesto lógico, es necesario suponer que en algún momento el Yo apareció en escena, y apareció, según Freud, como una construcción imaginaria cuya materia o materialidad o sustancia es la sexualidad*» (Mazzuca y Luterau, 2016).

Es así que no es viable deslindar la constitución yoica de la idea de que ésta se relaciona con una satisfacción sexual.

Una singularidad: el goce del tóxico

Es importante, en este punto del recorrido, hacer especial alusión de que hay *afecciones* del narcisismo, que son absolutamente diferentes para cada una de las estructuras subjetivas, por la sencilla razón de que la constitución narcisista en ellas, también lo es.

Allí, y entre tantas otras, podemos situar a las llamadas *toxicomanías*, con su particular modo de operatoria.

Una vía que conduce al abordaje de la *singularidad* tanto del caso, en lo que a estructuras se refiere y más aun, a la singularidad de cada sujeto, es la noción de *síntoma*.

Freud definirá al *síntoma* como una formación de compromiso, inconsciente, en la que el sujeto sustituirá de forma simbólica diferentes representaciones que a causa de ser sentidas como conflictivas o dolorosas para el psiquismo, fueron reprimidas, esto no sin sufrimiento ni agotamiento. El síntoma, así definido, es la expresión simbólica de un conflicto inconsciente.

Lacan entenderá al *síntoma* como una especie de envoltura donde se aloja el goce.

A esto, Freud lo encontró en la reacción terapéutica negativa, donde observó cómo los pacientes «insistían» en conservar su sufrimiento. Es decir que emerge, en el *síntoma*, una extraña satisfacción inconsciente, a la que el sujeto no está dispuesto a renunciar. Es justamente a lo que se apunta, a la satisfacción de la pulsión en el *síntoma* que, de ordinario, se presenta como imposible para el sujeto. Entonces, el *síntoma* deviene como la singularidad de goce de cada sujeto, resulta una manera bien singular de satisfacerse.

Se mencionó en algún momento que todo *efecto producido* lleva en sí, no sólo la dimensión de una *ganancia*, sino también la dimensión de una *pérdida*. Es así como la constitución subjetiva, la constitución de un cuerpo, lleva a plantear la pérdida de la dimensión de la carne, a medida que éste se elabora en las imágenes y en el lenguaje.

El goce en la neurosis supone un cuerpo afectado por el inconsciente, atravesado por el lenguaje, y por razones de estructura, el

goce sin límites, es de imposible alcance.

Se hizo referencia de que el goce es una consecuencia de ser seres parlantes, y que por el mismo motivo, se goza menos en relación a aquel supuesto de la existencia de un goce total. El neurótico, en tanto tal, sólo puede alcanzar así, pequeños goces permitidos.

El cuerpo se juega de manera singular en la toxicomanía. El tóxico vendría a ocupar el lugar del objeto que permitiría una vía de acceso privilegiada e inmediata hacia el goce, así como un modo de impugnar al Otro y, a la dependencia que tenemos de éste.

«Freud no lo dice exactamente así. Pero específica que el movimiento de la pulsión, de cualquiera de ellas, implica necesariamente una vuelta por el Otro. Tomemos el mirar, el mirarse y el ser mirado por el Otro (...). No hay pulsión de ver sin esa vuelta por el cuerpo del Otro (...).» (Mazzuca y Luteran, 2016).

S. Le Poullichet en su libro *Toxicomanías y Psicoanálisis: narcosis del deseo* (2005), intenta dar cuenta de lo que ella denomina «operación farmakón» y señala que un fenómeno de trivialización y hasta de deformación de las proposiciones freudianas sobre el narcisismo, ha adormecido sin duda la investigación analítica relacionada con la cuestión de las toxicomanías. Y agrega que *«esta operación del Farmakón aparece como una tentativa de engendrar un ficticio aparato psíquico autónomo, que desbarata todo proceso de la castración. La autonomía se entiende aquí sobre todo como la ilusión de un yo que no estaría sujeto a una cadena temporal de las representaciones»* (Le Poullichet, 2005).

No hay objeto que dé satisfacción, es aquí donde el sujeto queda atrapado, ilusión donde muchas veces se pierde.

Es así como el toxicómano es prisionero de una paradoja mortífera, la imposibilidad de satisfacción y el duelo imposible por la pérdida del objeto.

El sujeto capturado nada pierde del cuerpo, y por esta razón, nada es elaborado simbólicamente, negación de todo límite posible; prefiere la promesa de completud a la desventura de la falta que caracteriza a los seres parlantes.

Paradójicamente, se entiende que este modo de operatoria participa de una forma de *destitución subjetiva* y también de la *desaparición del deseo*.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. Amorrortu Editores. Tomo VII.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. Amorrortu Editores. Tomo XIV.
- Lacan, J. (1949). Escritos I: El estadio del espejo como formador de la función de yo (je) tal como se nos revela en la experiencia analítica. Siglo XXI Editores. p. 86-93.
- Lacan, J. (1959). El seminario 7: La ética del psicoanálisis. Paidós.
- Lacan, J. (1964). El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós.
- Lacan, J. (1972). El seminario 20: Aún. Paidós.
- Le Poullichet, S. (2005). Toxicomanías y psicoanálisis: las narcosis del deseo. Amorrortu Editores.
- Mazzuca, M. y Luteran, L. (2016). El goce toxicómano: clínica de las afeciones narcisistas. Letra Viva.
- Naparstek, F. y Col. (2005). Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo. Grama Ediciones.
- Rabinovich, D. (1986). Sexualidad y significante. Manantial.